**PUENTES Y VOCES**

Todo ser humano es egoísta ante su entorno. Egoísta por necesidad: de sobrevivir, de conservarse, de proyectarse, de crecer... Desde su propia interioridad, el yo vislumbra un mundo que es otredad, extrañeza eventualmente amenazante. En su íntima subjetividad, percibe un mundo independiente de él e indiferente a él.

“Hay sólo dos divinidades -ha dicho Wittgenstein-: el mundo y mi yo independiente”. Mi yo independiente es mi interioridad, mi conciencia, mi íntima subjetividad viviendo y creciendo a partir de mi memoria, de mis sentimientos, de mis emociones, de mis ideas. Desde su interioridad, el yo observa su horizonte. "Horizonte" viene de la voz griega *orizein*, que significa delimitar, demarcar. En su propio espacio, cuando reflexiona, cuando ama, cuando recuerda, cuando odia, cuando actúa, cuando decide, el yo de cada ser humano existe, se mueve ante su horizonte. Cada nuevo paso va conduciéndolo hacia otras experiencias, hacia nuevos y diferentes imaginarios.

El yo percibe la vida como cambio, como transformación, como evolución indetenible. Ante esa exterioridad siempre variable e impredecible, las palabras nombran la predictibilidad de todos los destinos, la voluntad de los hombres por descifrar su tiempo pasado, presente y futuro. Vicente Huidobro habló de un "último horizonte de las cosas" que sólo los poetas podían vislumbrar; un lugar donde el "lenguaje se convierte en ceremonial de conjuro". El mundo del hombre es la vida de cada quién decía Wittgenstein. Mundo y vida se encuentran en cada conciencia humana, en cada palabra individual. "Estoy tentado a decir que sólo mi propia existencia es real", repite Wittgenstein. Esto es: el límite de mi cuerpo es mi silueta humana recortándose sobre la página en blanco del universo.

El encuentro entre el yo interior y la infinitud de lo exterior se produce a través de las palabras. Ellas son el puente entre lo íntimo subjetivo y lo externo circundante. Enlace entre el yo y el nosotros: mi palabra, tu palabra, nuestra palabra... De lo convencional colectivo a lo subjetivo individual, de la historia de los pueblos a la existencia de cada uno de los hombres: las palabras comunican a las conciencias. Por ellas, el yo independiente de cada quién dialoga con todas las formas de otredad imaginables. Por ellas, todos los horizontes se hallan en comunicación, en posible cercanía.

Las palabras son trascendencia: de nuestro cuerpo, de nuestro espacio. Según el imaginario griego, la palabra era vida imperecedera que se alejaba del cuerpo perecedero, sobreviviéndolo. *Soma* significaba cuerpo, y *sema* significaba tumba. Ambas imágenes -cuerpo, tumba- se acercaban extraordinariamente: cuerpo como sepulcro, como confín, como estrecho recinto del alma. Frente al cuerpo, las palabras representaban la libertad, la fuerza etérea del pensamiento y las ideas.

Nadie puede sustraerse a la sospecha de un mágico poder surgiendo de las palabras; intuir que existan secretas y hondas afinidades entre las cosas y los nombres de las cosas. Para los griegos, las palabras eran representaciones. Pronunciarlas equivalía a evocar lo nombrado con todas sus cualidades esenciales. Los nombres cobraban, así, el mismo valor de las cosas. "¿Qué poder -se pregunta Platón en su diálogo *Cratilo*- tienen para nosotros los nombres?". La respuesta que él mismo se da es contundente: "quien sabe los nombres sabe las cosas".

Hoy, dice Angel Rosenblat en su libro *El poder mágico de la palabra* esa fe subsiste en tres saberes: la filología, la filosofía y la poesía. Los filólogos estudian la etimología de las palabras: aprenden de su evolución y de los cambios de sus significados. Los filósofos hurgan en una palabra elemental, esforzándose por descubrir en esa palabra una explicación de todas las demás. Los poetas tratan de dar con la palabra que logre describir todos los sentimientos, todas las emociones; una palabra indudable que alcance a nombrar esencias, verdades y destinos.

Por la poesía los hombres nos acercamos a la verdad poética: sabiduría a partir de la expresividad posible de casi cualquier cosa: paisajes, rostros, comportamientos, actitudes, gestos, recuerdos... La pregunta por la verdad poética postula uno de los más auténticos y definitivos conocimientos: el que nace de los sentimientos, la imaginación y la sensibilidad; el que existe en la necesaria comunicación entre los hombres; el que intuye todas las verdades contenidas en cualquier afirmación; el que nos permite reencontrar el universo dentro de nosotros mismos: trasladando lo cósmico a nuestra experiencia y acercando lo ignoto a lo que hemos experimentado y vivido.

La palabra de los poetas, ambigua como la vida, indescifrable a veces, también como la vida, es hija de las circunstancias de los hombres. En la sensibilidad del poeta encarna la faz de su época. La palabra poética es voz y trazo de vicisitudes escritas sobre las páginas de las edades. Vida y poesía son, ambas, búsqueda y tiento. Original ambigüedad de la poesía y original ambigüedad de la existencia: una y otra son irrepetibles. "La poesía es el solitario vuelo de la fe que une dos montañas por sobre el abismo. Nada distinto es la vida", ha dicho Héctor Murena.

A comienzos del siglo XX, Walter Benjamin imaginó una otra forma de sabiduría necesaria para el hombre del tiempo por venir. Una sabiduría destinada a un individuo necesariamente más espiritual y libre: ser independiente, contradictorio y siempre comunicativo. Una sabiduría que debería comenzar por asignar importancia fundamental al lenguaje, el más representativo de los signos de la espiritualidad humana. En su *Programa sobre una filosofía futura*, dice Benjamin: "Así como la doctrina kantiana, para poder alcanzar sus principios, tuvo que verse en relación con una ciencia en cuyo respecto pudiera definirse, análogamente sucederá con la filosofía moderna. El gran cambio y corrección que ha de introducirse en un concepto de conocimiento unilateralmente orientado hacia lo matemático-mecánico, sólo podrá lograrse mediante la relación entre el conocimiento y el lenguaje... Kant no advirtió en modo alguno el hecho de que todo conocimiento filosófico tiene su única expresión en el lenguaje, y no en fórmulas y números".

Todo en el universo, concluye Benjamin, es diálogo. Todo en él termina convirtiéndose en traducción. Constantemente los hombres tratan de traducir en sus propios términos, los infinitos lenguajes del cosmos. Al interpretar la lengua muda de las cosas, el hombre cumple una función divina. Prolonga el acto creador de Dios y, solitario, se coloca frente al universo, esforzándose en nombrar la alucinante vastedad de lo inabarcable.

Wittgenstein, en su *Tractatus lógico filosófico*, sostiene que la única tarea posible para la filosofía contemporánea debería ser la del estudio de las palabras. Mucho más que una filosofía del lenguaje, el *Tractatus* es un tratado de cosmología. Existe, dice Wittgenstein, una lógica del mundo en la medida en que nada en el mundo podría atentar contra la lógica. La lógica del universo se refleja en la lógica de los lenguajes humanos. Desde perspectivas opuestas, las miradas de Benjamin y Wittgenstein coinciden. La de Benjamin es una mirada totalizadora para la cual todas las cosas en el universo se expresan en alguna forma de lenguaje. La de Wittgenstein es la mirada a partir del lenguaje: descubrimiento del mundo desde las palabras que lo dibujan; reducción del universo al tamaño de los hombres que lo nombran.

Ritualista por esencia, el hombre cubre de símbolos el universo. El lenguaje ha sido y es el mayor ejemplo de esa voluntad ritualizadora. El es suplantación del universo, sustitución de todas las cosas por medio de signos. El lenguaje reaparece hoy, ante los ojos de nosotros, seres habitantes de un mundo que se acerca a un nuevo fin de milenio, como la primera y esencial expresión del espíritu humano. "La lingüística (es) la última gran empresa intelectual de nuestra civilización", dice Octavio Paz en *Sombras de obras*.

Quizá una de las maneras de entender nuestro presente sea familiarizándonos con las implicaciones de las palabras que él pronuncia. Palabras relacionadas a cierta convicción de precariedad, de tiento. El signo azaroso de nuestro tiempo se distingue en numerosos imaginarios descritos por palabras que nombran la fragilidad, la desarmonía, el absurdo; pero, también, la solidaridad, la comunicación, la imaginación, la ilusión... Casi concluido nuestro extremo y terrible siglo XX, sigue siendo posible afirmar, parafraseando a Nietzsche, que la creencia final del hombre es una metáfora de sí mismo.

 R.F.